

v: de este modo por fin
al término de un largo día
descendió
descendió al fin
por abruptos peldaños
dejó echada la persiana y
descendió a lo más bajo
al viejo balancín
el balancín materno,
donde su madre se mecía
durante años
totalmente de luto
del mejor luto
sentada se mecía
se mecía
hasta que al fin llegó
por fin llegó
está ida decían
se le fue la cabeza
pero es inofensiva
completamente inofensiva
muerta un día
no
una noche
muerta una noche
en el balancín
con su mejor luto
la cabeza caída
y el balancín meciéndola
meciendo
de este modo por fin
al término de un largo día
descendió
descendió al fin
por abruptos peldaños
dejó echada la persiana y

descendió a lo más bajo
al viejo balancín
al fin aquellos brazos
y se mecía
se mecía
con los ojos cerrados
los ojos que se cierran
durante tanto tiempo todo ojos
ojos famélicos
y por todas partes
altas y bajas
de un lado a otro
en su ventana
para ver
y ser vista
hasta que al fin
al término de un largo día
a sí misma
y a quién si no
es hora de dejar
de echar la persiana y de parar
hora de descender
de bajar el abrupto peldaño
de irse derecha a lo más bajo
de ser su propia otra
su otra alma viviente
de este modo por fin
al término de un largo día
descendió

Fíjese en todos esos locos. Fíjese en el aspecto tan malvado que tienen. Son asesinos. Jamás había visto tantos asesinos juntos. A la más mínima señal en su cabeza, se lanzarían a matarse entre ellos. Me pregunto por qué la señal no se dispara ahí, ahora, en sus cabezas. Porque todos están listos para matar. Son como ratas en jaulas de laboratorio. Tienen ganas de matar, se les nota en la cara, y en la manera de andar; veo sus puños cerrados en sus bolsillos. Reconozco a un asesino a primera vista; tienen las ropas manchadas de sangre. Aquí, están por todas partes; hay que quedarse tranquilo, sin moverse; debemos ser transparentes. Porque si no, si los miramos a los ojos, si se dan cuenta de que los miramos, si se ponen a mirarnos y a vernos, la señal se dispara en sus cabezas, y matan, matan. Y como haya uno que empiece, todos van a matar a todos. Todos esperan tan sólo esa señal en sus cabezas.

¿A ver si la mujer de mirada
furtiva y de boca como una ventosa va a ser un matahari de los ínfimos?, una espía que
explora el terreno en donde va a desarrollarse la gran maniobra que recubre los huesos
muertos de hambre, con carne. La carne con piel surcada de venas que beben del suelo
la sangre, el retorno de las vísceras desde la nada. O acaso está el ángel, hueco bajo el
vestido, porque el menguante banco subterráneo de carne ya no da para más cuerpos.
Un dedo intrigante que los muertos alzan al viento contra la policía del cielo, precursora
y novia del viento, que les quita a los enemigos naturales de la resurrección de la carne,
el viento que ellos habitan echo tempestad hacia la trampa.

Esa espera: la siento en la piel.
Lo llena todo, no hay otra cosa: esa espera ahí, ávida,
acechante, como una solución.
Me succiona, sí, me absorbe, me arranca de mí, de aquí.
Estas palabras... tragadas por la espera. Este gesto... lo
mismo.
Son míos y los pierdo.
Me abandonan mis palabras, mis gestos, mi cuerpo, todo/a yo.
Una succión, sí, esa espera ahí: voraz, me devora.
Un sólo remedio: resistir.
Y para resisitir, alimentarla, nutrir esa espera.
Darle falso sustento: palabras no mías, gestos no míos,
otro yo, otros.
Desde mi cuerpo, sí: única verdad.
Doble mentira.
Mentir.
Decir: yo, aquí, ahora...y no ser cierto.
Nada cierto.
Incierto, pues; verdad dudosa, vaga mentira yo, aquí, ahora.
Única verdad: mi cuerpo, tal vez mi voz. Nada más.
Nada menos.
Decir: tú, allí, entonces. Manera de empezar.
Entonces, tú, allí... aquella espera.
Esta arena en tu mano. Manera de esperar.
Ahora di: este rumor de olas.
Este rumor de olas.
Escúchalo. Te llega desde lejos.
Y, sin embargo, el mar muere a tus pies.

Imaginar el amor me duele más que su ausencia. El sexo grita. El deseo se tira por la ventana. Voy a morder las sábanas. Oigo el tic-tac del reloj de la sangre. La noche quema, un desastre en las arterias, preparar la última hora antes de hacer explotar el agujero negro, pasar al fin del otro lado. Buscar en el sueño la mano querida del otro. Gritar en su cajón de piedras con la idea, ahí fija en el corazón, de su indiferencia. Romper todos los cristales, oír su eco girar en el patio hexagonal, sentir el mechón en el cuello, única caricia que queda en este mundo, despertarse en sudores con el pasado que viene llamándote traidora y la angustia acurrucada como un feto en la cama. Querer enterrarse en el olvido cuando los recuerdos se hacen eco.

Mi cuerpo está duro y rígido. Cuerpo de muerta. En la celda de al lado alguien ha gritado "No, no, no he sido yo", otra que anda con pesadillas. Espero. El alivio del alba. El chasquido del judas una vez más. El último signo de presencia humana. El sudor inunda mis nalgas, quisiera caerme muerta, me duele el vientre, me pego con todas mis fuerzas contra el cemento frío del suelo para sentir debajo de mí la respiración de la tierra. Socorro. Mi sexo obstruido inútil, el cerebro vacío. La oreja llena de arena. Los ojos más ciegos que el ojo cíclope de la puerta. Socorro. Te busco con la mano. Estás ausente. Estás muerto. Te maté yo. Ojalá hubiera podido impedírmelo. Estaba fuera de mí. Como loca. No busco excusas. Desde entonces mi crimen me acompaña. Dos balas en el corazón. No quiero llorar.

Padre, tener quisiera la dulce voz de Orfeo, y aún a las rocas hiciera conmoverse. Las piedras me siguieran, al ir yo cantando. ¡Siquiera mis palabras pudieran ablandar duros corazones! Pero no tengo más elocuencia que la de mis lágrimas. ¿Qué poder tengo yo? Abrazarme sólo a tus rodillas, y llevar en mi abono a este tiernecito infante que mi madre dió a luz. Y ¿qué te ruego ahora? ¡Qué no me sacrifiques, no pido más! Que no me fuerces a bajar al Hades.

Yo soy tu primogénita. Y ¡es tan bella la luz del día! Yo fui la primera que en tus rodillas pusieron y te hice ser feliz, y la primera de quien la voz oíste. ¿No lo recuerdas? Me decías emocionado: “¡Hijita mía! ¿Tendré la dicha de verte feliz alguna vez? ¿Te veré al lado de un esposo viril y fuerte, como tú mereces?” Y yo te respondía. “Padre, ¿tendré la dicha de verte ya anciano, y hospedarte en mi casa, a cambio de tantas solicitudes que por mí has tenido,” Bien recuerdo estas dulces palabras. Quien ha olvidado todo eres tú. Ahora intentas quitarme la vida. Pon tus ojos en mí. Bésame al fin. Si estoy destinada a la muerte, llevaré el recuerdo de tu beso postrero.

¡Oh éter divino, oh soplo alado de los vientos! ¡Fuentes de los ríos, ondas innumerables del rostro de los mares! ¡Tierra, madre de todos los seres, y tú, oh Sol cuyas miradas abrazan la naturaleza toda! ¡Ved qué tratamiento sufre un dios, de parte de los dioses! Ved que males desgarradores debo sufrir, durante millares de años. He aquí las indignas cadenas que el nuevo príncipe de los inmortales forjó para mí. ¡Ay, mi suerte presente y futura me hacen suspirar! ¿Cuál será el término de mis penas? Pero, ¿qué digo? ¿Acaso no sé leer en el porvenir? ¿Acaso pueden acontecerme desgracias imprevistas? ¿No conozco, acaso, la invencible fuerza de la necesidad? ¡Suframos valientemente el decreto del destino! ¡Ay, que no puedo ni hablar ni callarme sobre la suerte que me aniquila! ¡Infortunado! Son los dones que hice a los mortales los que me atraen tantos rigores. Robé el fuego celeste; y lo dí a los hombres, y ese regalo fue para ellos el principio de todas las artes, la fuente de todo progreso! he ahí el crimen por el que estoy encadenado, y expuesto sobre esta roca, a todas las injurias del viento!

Para cebar a los peces. Alimentará mi venganza, si no puede servir para nada mejor. Ha arrojado el desprecio sobre mí, me ha impedido ganar medio millón; se ha reído de mis pérdidas, se ha burlado de mis ganancias, ha menospreciado mi nación, ha dificultado mis negocios, enfriado a mis amigos, exacerbado a mis enemigos; y ¿qué razón tiene para hacer todo esto? Soy un judío. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no está nutrido de los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos? Y si nos ultrajáis, ¿no nos vengaremos? Si nos parecemos en todo lo demás, nos pareceremos también en eso. Si un judío insulta a un cristiano, ¿cuál será la humildad de éste? La venganza. Si un cristiano ultraja a un judío, ¿qué nombre deberá llevar la paciencia del judío, si quiere seguir el ejemplo del cristiano? Pues venganza. La villanía que me enseñáis la pondré en práctica, y malo será que yo no sobrepase la instrucción que me habéis dado.

Y.- Ellas, las palabras. Ellas me abandonan.
Llegan a mí sumisas, susurrantes, pidiéndome permiso para entrar y quedarse. Yo las dejo anidar, como pequeñas larvas inocentes, crecen por los rincones de mi cuerpo, se nutren con mi sangre, con mis sueños, aprenden a jugar con mis pulmones, navegan por mis linfas, se aparean, se acoplan, se asoman a mis ojos, a mis labios, saltan entre mis dedos, me hacen cosquillas en la piel, invaden mi memoria, me la llenan de ecos, de figuras, de aromas, me la revuelven toda. Luego salen al aire, al sol, al mundo, revolotean a mi alrededor, van y vienen sin parar, liban entre las cosas, se zambullen fugazmente en los otros... pero siempre regresan, saciadas, a sus nidos. Yo las oigo murmurar allí, contarse sus secretos, reír o entristecerse, inventar aventuras, o bien, exagerarlas; algunas mienten descaradamente, otras quedan calladas, retraídas, no sé muy bien por qué. Pero las hay también que vuelven tarde: regresan cuando nadie las espera, armando mucho escándalo, o furiosas, o atónitas, o abrumadas, o exhaustas, como si vinieran de muy lejos, como si hubieran sufrido algún extraño encuentro, alguna experiencia abrumadora...

BELLA

Trato de pegar los trozos de mi rostro.

Lo froto. Parece intacto.

En realidad está roto. Ya no existe. No es mi rostro lo he perdido. Estoy muerta.

Ya no hay gasolina ni electricidad ni correo ni aviones ni trenes. La vida retrocedía cinco siglos atrás pero yo

durante esos nueve meses

avanzaba contra la corriente. Medía el tiempo en mi vientre pobre loca. Pobre chiflada.

Tú en mi vientre estabas listo la cabeza en su sitio y en mi cabeza el verano.

Yo que siempre he sido menos mujer que las demás mujeres me redondeaba y me sentía al fin

la más mujer de todas las mujeres. Pobre idiota.

Te había hecho a ti. Estabas ahí.

¡A los refugios! Mi vientre era para ti el mejor de los refugios.

Y contra mí cada noche esos hombres desnudos que la guerra despertaba.

Y tú estabas listo terminado.

El sexo me duele. Mi sexo se iba a abrir.

Sentía que ya era hora de separarnos.

El vacío absoluto en mi cabeza.

Una cortina de hierro parte mi cabeza en dos.

El cerebro como una hélice de avión que destripa la niebla.

Sentía que íbamos a separarnos tú y yo sentía subir la leche

mi vientre se preparaba a romper aguas

quería que salieras

que dejaras en mí una huella

Tenéis todos una idea equivocada de la vida. El hombre es una máquina. Quema combustible y se mueve. Así se produce calor. Mientras uno sigue quemando algo, está vivo. Un muerto está frío, ahí ya no arde nada. Calor, fuego, ése es el principio, una cuestión biológica. No es como vosotros pensáis. Vosotros os veis sólo en relación a los demás, de otra forma no sois capaces de ver nada. Queréis reflejaros en los demás y pensáis que entonces vais a ver algo de vosotros mismos y que entonces existís. Lo cual es una mierda. Sólo veis a los demás. Desaparecéis. Os disolvéis hasta que dejáis de existir, ya no sabéis distinguir entre quiénes sois vosotros y quiénes son los demás. Ese es el error, que pensáis que eso ha de ser así. Uno tiene que desligarse de ese vínculo y convertirse en una unidad, fuera con los pensamientos ajenos y todo hermético, ninguna antena más hacia fuera, sólo armas, como una medusa, ciega y cerrada, y quien se acerque será quemado, sin furia. La boca cerrada, los ojos cerrados, ¡y actuar!

CLARI. *[Aparte.]*

(Dame, amor, atrevimiento,
y empiece tu engaño aquí.)
Si el respeto o el temor
con que a los umbrales llevo
deste encantado prodigio,
fábula hermosa del tiempo,
puede merecer, señora,
cortés aplauso en un pecho
que labró amor de diamante,
dad licencia a un caballero,
que cortesano del mar,
que ciudadano del viento,
batió hasta llegar a verte
las alas de sus deseos.

Sagrado voto de amor

(*[Ap.]* Mejor dijera de celos.)
a su templo me trae, donde
rendido, humilde y sujeto,
os sacrifico en sus aras
un alma y mil pensamientos;
y aun son pocos cuando a vos
os adoro y os respeto
por ídolo de su altar,
por imagen de su templo.
No sé si el voto cumplí;
hermoso encanto, con esto,
pues quien va a cumplir un voto,
se suele tener por cierto
que va a dejar las prisiones,
y yo por prisiones vengo.
El príncipe Claridiano,
soy, de Trinacria heredero:
mis vasallos son el Etna,
el volcán y el Mongibelo.
¿Veis cuánto fuego os he dicho?
Pues muy poco os lo encarezco,
que es bien que un príncipe amante
vasallos tenga de fuego.
Para creencia los traigo
conmigo, el Etna en el pecho,
el Mongibelo en el alma,
y el volcán en el aliento.
Dad pues licencia que escriba
con el buril deste acero
mi nombre, no porque entienda
que galán, valiente y cuerdo
pueda merecer, señora,
desa hermosura el imperio,
sino porque entienda sólo
que morir amando puedo;
pues yo con morir amando,
cumpliré con mis afectos.
Mirad ¡a cuán poco aspiro!
Mirad ¡cuán poco me atrevo,
pues licencia de morir
os pido de cumplimiento!

NARC.— ¡Ay de mí!
¿Qué he de hacer sin ti en estas
montañas solo, ignorando
quién soy, y qué modo tengan
de vivir los hombres, pues
nada sino a hablar me enseñas?
Y aun eso te perdonara
ahora, porque no tuvieran
en su abono las desdichas
el consuelo de las quejas.
Mi bien, mi madre, señora,
vuelve, vuelve a mí: no seas
tan ingrata que me dejes
a vivir entre estas peñas,
compañero de sus troncos,
de sus brutos y sus fieras.
¿Qué enojo te he dado, yo
para que de esta manera
huyas de mí? ¿No he vivido
siempre atento a tu obediencia?
¿Sé yo más de lo que tú,
madre, has querido que sepa?
Pues ¿para qué me castigas
con tan extraña sentencia?
¡Ay de mí! ¿Qué haré? La voz
hacia allí se oyó. Tras ella
iré, que no dudo que
mis lágrimas la detengan.
Ea, ¡adelantaos, suspiros!
decid que ya el llanto llega,
que le aguarde un breve instante,
que solo va a enternecerla.
Mas, ¡ay triste!, que no sé
si acierta el discurso o yerra
en la elección de mis pasos;
que como es la vez primera
que de la cueva he salido,
no sé si yerra o si acierta.
Dioses, mis plantas guiad;
cielos, socorred mis penas;
sol, alumbra mis sentidos;
inclinad mi arbitrio, estrellas;
fieras, doleos de mí;
aves, repetid mis quejas;
montañas, dadme salida;
troncos, decidme la senda;
pues a un infeliz, a quien
su misma madre le deja,
justo será que le amparen
dioses, cielos, sol, estrellas,
fieras, pájaros, montañas,
troncos, peñascos y selvas. (Vase.)

CIRCE.—En hora dichosa venga
hoy a este palacio hermoso
el griego más generoso
que vio el sol, donde prevenga
blando albergue, y donde tenga
dulce hospedaje, y atento
a sus fortunas, contento
pueda en la tierra triunfar
de la cólera del mar
y de la saña del viento.
¡Felice, pues, fuese el día
que estos piélagos surcó,
felice fuese el que halló
abrigo en la patria mía,
y felice la osadía
con que ya a vencer presume
en tranquila paz, en suma
felicidad, inmortal,
ese monstruo de cristal,
sierpe escamada de espuma.
Que yo al cielo agradecida,
pues ya mis venturas sé,
de tanto huésped daré
parabienes a mi vida,
y así, a tus plantas rendida,
con aplausos diferentes,
vengo a recibir tus gentes,
hurtando en ecos suaves
las cláusulas a las aves,
los compases a las fuentes.
Y porque al que en mar vivió,
lo que más en él le obliga
a sentir, es la fatiga
de la sed que padeció
(¿quién sed en tanta agua vio?)
a traerte aquí se atreven
los aplausos que me mueven
(en señal de cuán piadoso
es mi afecto) el generoso
néctar que los dioses beben.
Bebe, y sin pavor alguno,
brinda a la gran majestad
de Júpiter; la beldad
de Venus; ciencias de Juno;
de Marte armas, de Neptuno
dudas, de Diana honor,
flores de Flora, esplendor
de Apolo; y por varios modos,
porque en uno asisten todos,
bebe y brinda al dios de amor.

NINO.— No sé,
no sé, ¡ay de mí!, lo que siento..
No el golpe de la caída
me aflige; otro más violento
es el que siento en el alma;
porque es un ardiente fuego,
es un abrasado rayo..
que sin tocar en el cuerpo
ha convertido en cenizas
el corazón acá dentro.
No os admire de que pase
de un despeño a otro despeño
tan aprisa: Amor es dios,
y en dios nunca se da tiempo..
Discurrid de aqueste monte
los enmarañados senos;
que al que una deidad humana
en él hallare primero
y la traiga a mi presencia,
grandes mercedes le ofrezco.
Porque no dudéis las señas,
villano es el traje, pero..
tan noblemente villano,
que su Rey le rinde el pecho.
¿Pero para qué, ¡ay de mí!,
en pintarla me detengo..
si, en viéndola, diréis todos:
"Este es el hermoso incendio
que abrasó al Rey." Mas, ¿qué mucho,
si es de estas selvas la Venus,
la Diana de estos bosques,
la Amaltea de estos puertos,
la Aretusa de estas fuentes,
y la ella de todos ellos?
Que hasta que dije lo más,
todo lo demás es menos.
Busquemosla divididos;
que yo he de ser el primero
que estas ásperas montañas
examine fresno a fresno,
hoja a hoja y piedra a piedra.
Mas mirad lo que os advierto:
que, aunque sintáis abrasaros
al mirarla, mis deseos
licencia os dan de morir,
mas no de morir contentos. .. Vase.

AQUIL.— ¿Qué
hay que mire; qué hay que advierta,
qué hay que considere, cuando
sujeto a tirana fuerza,
segunda vez solicitas
reducirme a más estrecha
prisión que la que echó a mal-
los años de mi edad tierna?
Cuando pensé que al abrirse
en duras bocas la tierra,
amparándome de tantos
como me sitiaron, fuera
para mi seguridad,
¡vuelve a ser para mi afrenta!
Pues no, no ha de ser; que ya
es tarde para obediencias.
Antes que viera del sol
las luces, antes que viera
de los cielos la armonía,
de los montes la soberbia,
de las flores la hermosura,
de las aves la belleza
y la inquietud de los mares;
ya toleraba mi estrella,
en la fe de la ignorancia,
el voto de la paciencia.
Pero después que los vi,
y vi que juraba reina
de la hermosura a Deidamia
toda la naturaleza;
¿cómo quieres que otra vez
sin ellos viva y sin ella,
y me consuele de hallarla
tan solo para perderla?
Y así, piadosa cruel,
que me amparas y me fuerzas,
que me crías y me afliges,
me halagas y me atormentas,
perdóneme tu respeto;
que aunque obedecerte quiera
mi voluntad, mi pasión
no quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
la luz, aunque lo defiendan
los hados, o has de quitarme
la vida, porque no tenga,
a pesar de mi valor,
aqueste triunfo su ausencia.

ALON.—Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma
(viéndole jardín de espuma,
viéndole selva de nieve)
que hay peligro en él; y en breve
selva y jardín con horror
le anegan; y así es amor:
luego en placer y pesar,
si no hay burlas con el mar,
«no hay burlas con el amor».
Tal vez por burla o ensayo
polvorista artificial
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
cuando con mortal desmayo
muere a su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
contra su artífice: luego,
si no hay burlas con el fuego,
«no hay burlas con el amor».
Tal vez desnuda un amigo
la espada para esgrimir
con otro, y le viene a herir
como si fuera enemigo.
Su destreza es su castigo;
y así, usar della es error.
Espada amor en rigor
es: luego desenvainada,
si no hay burlas con la espada,
«no hay burlas con el amor».
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Béatriz, jugando;
cuando más la halaga blando,
volver suele a su furor.
Fiera es amor en rigor:
luego si, ya lisonjera,
no hay burlas con una fiera;
«no hay burlas con el amor».
Por burla al mar me entregué,
por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con brava fiera jugué;
y así, en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor:
luego si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,
«no hay burlas con el amor».

AQUIL.—Ya de la cueva he salido,
y al ver del sol la luz pura,
se ciega la vista mía.
Salgo a ver el claro día,
y doy con la noche oscura.
¡Qué variedad! ¡Qué hermosura!
tan admirable! Y si creo
a mis noticias, no veo
cosa que como ellas sea.
¡Oh cuánto finge la idea!
¡Oh cuánto vuela el deseo!
Aquel azul resplandor
el cielo debe de ser:
La tierra, a mi parecer,
será este hermoso verdor;
este árbol, esta flor;
ave esta, esta transparente
fuente, aquel mar... Mas detente,
discurso, que tu voz yerra;
que esto solo es cielo, es tierra,
mar, árbol, flor, ave y fuente.
Cielo, pues está adornado
del sol y de las estrellas;
tierra, pues colores bellas
su vestido han matizado;
árbol, pues de su tocado
el viento las ramas mueve;
flor, pues aljófares bebe;
mar, pues riza albas espumas;
ave, pues tremola plumas;
y fuente, pues toda es nieve.
De todo cuanto llegué
a ver, esto es en rigor,
lo mejor de lo mejor,
como esta su mano fue.
¡Ay Dios, si me atreveré
a tocarla! Osado llego.
¡Ay que me abraso! ¡Ay que ciego
me hielo! ¡Oh áspid aleve!
¡A la vista eres de nieve,
y eres al tacto de fuego!
Mas con tu hielo o tu ardor
tan poco daño me has hecho,
que antes siento acá en el pecho
bien hallado mi dolor.
No tuve pena mayor
jamás, pues de gozo llena
la alma, otra vez se condena
a sentirla, discurriendo
cuál será su gloria, siendo
tan apacible su pena.
Mas ¡ay esperanzas vanas!
Que entre las cosas que oí
a quien me ha criado aquí,
una es (desdichas tiranas!)
que hay deidades soberanas;
y si aquestas son verdades,
ya con dos contrariedades
arguyen mis pareceres:
si hay deidades, tú lo eres;
si no lo eres, no hay deidades.
Y supuesto que ya aquí
tal te conoce y adora
mi vida tengo...

NINO.— No sé,
no sé, ¡ay de mí!, lo que siento.
No el golpe de la caída
me aflige; otro más violento
es el que siento en el alma;
porque es un ardiente fuego,
es un abrasado rayo,
que sin tocar en el cuerpo
ha convertido en cenizas
el corazón acá dentro.
No os admire de que pase
de un despeño a otro despeño
tan aprisa: Amor es dios,
y en dios nunca se da tiempo.
Discurrid de aqueste monte
los enmarañados senos;
que al que una deidad humana
en él hallare primero
y la traiga a mi presencia,
grandes mercedes le ofrezco.
Porque no dudéis las señas,
villano es el traje, pero
tan noblemente villano,
que su Rey le rinde el pecho.
¿Pero para qué, ¡ay de mí!,
en pintarla me detengo;
si, en viéndola, diréis todos:
"Este es el hermoso incendio
que abrasó al Rey." Mas ¿qué mucho,
si es de estas selvas la Venus,
la Dánae de estos bosques,
la Amaltea de estos puertos,
la Aretusa de estas fuentes,
y la ella de todos ellos?
Que hasta que dije lo más,
todo lo demás es menos.
Busquemosla divididos;
que yo he de ser el primero
que estas ásperas montañas
examine fresno a fresno,
hoja a hoja y piedra a piedra.
Mas mirad lo que os advierto:
que, aunque sintáis abrasaros
al mirarla, mis deseos
licencia os dan de morir,
mas no de morir contentos. Vase.

PEN.— Oye, si acaso

puedo decir lo que fue.
Lisonjera, libre, ingrata,
dulce y suave una fuente
hizo apacible corriente
de cristal y undosa plata;
lisonjera se desata,
porque hablaba y no sentía;
suave, porque fingía;
libre, porque claro hablaba;
dulce, porque murmuraba,
e ingrata, porque corría.
Aquí cansada llegué,
después de seguir ligera
en ese monte una fiera,
en cuya frescura hallé
ocio y descanso, porque
de un montecillo a la espalda,
de quien corona y guirnalda
fueron clavel y jazmín,
sobre un catre de carmín
hice un foso de esmeralda.
Apenas en él rendí
el alma al susurro blando
de las soledades, cuando
ruido en las hojas sentí.
Atenta me puse, y vi
una caduca africana,
espíritu en forma humana,
ceño arrugado y esquivo,
que era un esqueleto vivo
de lo que fue sombra vana,
cuya rústica fiereza,
cuyo aspecto esquivo y bronco
fue escultura hecha de un tronco
sin pulirse la corteza.
Con melancolía y tristeza,
pasiones siempre infelices
(para que te atemorices),
una mano me tomó,
y entonces ser tronco yo
afirmé por las raíces.
Hielo introdujo en mis venas
el contacto, horror las voces,
que discurriendo veloces,
de mortal veneno llenas,
articuladas apenas,
esto les pude entender:
"¡Ay infelice mujer!
¡Ay forzosa desventura!
¿Que en efecto esta hermosura
precio de un muerto ha de ser?"
Dijo, y yo tan triste vivo,
que diré mejor que muero;
pues por instantes espero
de aquel tronco fugitivo
cumplimiento tan esquivo,
de aquel oráculo yerto
el presagio y fin tan cierto
que mi vida ha de tener.
¡Ay de mí, que yo he de ser
precio vil de un hombre muerto!

SEM.—

Sí.

Menón, aunque agradecida
a tus finezas me siento,
ningún agradecimiento
obliga a dejar perdida
toda la edad de una vida;
que el que da al que pobre está,
y con rigor cobra, ya
no piedad, crueldad le sobra;
pues aflige cuando cobra
más que alivia cuando da.
Si ya tu suerte importuna,
si ya tu severo hado
pródigos han disfrutado
lo mejor de tu fortuna,
la mía, que hoy de la cuna
sale a ver la luz del día,
la luz quiere; que sería
error que una a otra destruya;
y si acabaste la tuya,
déjame empezar la mía.
Si de un vicio la inquietud,
de una virtud el indicio,
vuelve la virtud en vicio
antes que el vicio en virtud;
mas con la solícitud
de mi vida vencer oso
tu desdicha; que es forzoso
que una de otra acompañada,
tú me hagas desdichada
y yo no te haga dichoso.
La vida que te debí,
con tomarla la pagué;
por ti lo hiciste, pues fue
antes de saber de mí.
La que yo a Nino le di,
la misma duda ha tenido;
mas si él honrarme ha querido,
¿no será, Menón, error
por seguir a un acreedor
dejar a un agradecido?
Del Rey en desgracia estás,
sin privanza y sin Estado:
fugitivo y desterrado,
de su vista huyendo vas.
No puedo hacer por ti más
hoy que el no ser ya tu esposa;
que hermosa mujer, no hay cosa
que tanto a un pobre le sobre,
porque es sátira del pobre
el tener mujer hermosa. Vase.

CIRCE.— Oye atenta,

Este Ulises, este griego,
que esa marítima bestia
sorbió sin duda en el mar,
para escupirle en la tierra;
este, que a la discreción
de los vientos, con deshecha
fortuna, tan derrotado
llegó a tocar estas selvas;
este, que trajo deidad
superior en su defensa,
pues, burlando mis encantos,
les tiraniza la fuerza;
este, pues, que mi hospedaje
cortesantemente acepta,
adonde hoy tan divertido
vive olvidado de Grecia,
como si fuera mi vida.
Troya, ha introducido en ella
tanto fuego, que en cenizas
no dudo que se resuelva;
y con razón, porque ya
en callado fuego envuelta,
cada aliento es un volcán,
cada suspiro es un Etna.
Quisiera... ¿Quisiera dije?

Mal empecé, pues si es fuerza
querer, Flérída, y ya quiero,
erré en decir que quisiera.
Quiero, digo; pero quiero
tanto, a mi ambición atenta,
que quiero a Ulises, y no
quiero que Ulises lo entienda.
Ahora te admirarás
de que yo, que tan soberbia
tu amor reñí, te fie el mío;
pero admirarás la necia;
porque la causa mayor,
porque la ocasión más cierta
de incurrir en una culpa,
es haber dicho mal de ella.
Y porque el contar delitos
a quien es cómplice, cuesta
menos vergüenza, yo quise
regatear esta vergüenza,
y porque me cueste menos,
decirlos a quien los sepa.
Yo amo, en fin, Flérída mía;
vengada estás de mi ofensa.
¡Pluguiera a Júpiter santo,
tú transformarme pudieras
a mí en insensible planta,
que yo te lo agradeciera!
porque si supiera entonces
lo que es amor, más quisiera
verte enamorada y viva
que no enamorada y muerta.
Enamorada en efecto
llego, y pues tú a saber llegas
qué es amor, de ti pretendo
ayudar una cautela;
y es, que para poder yo
hablar con él, sin que él sepa
que soy yo la que le habla,
tú con ruegos y finezas
le has de enamorar de día,
y diciéndole que venga
de noche a hablarte, estaré
yo con tu nombre encubierta,
donde mi altivez, mi honor,
mi vanidad, mi soberbia,
mi respeto, mi decoro
no se rindan, y...